

No veré a Celia

Son pocos los personajes literarios que marcan a una generación infantil. Pero los que sobreviven al olvido se alojan en la memoria, nítidos y resistentes al paso del tiempo y al roce de las modas. Son héroes que nos acompañaron un trecho de nuestra vida, alimentándonos con su belleza, su valor o con el hálito de su libertad imposible. Ellos elaboran una parte sustancial, a menudo calladamente, de la subjetividad de los niños y niñas lectores. No sé ahora, con toda esa abundancia de televisivos héroes, tan fugaces, intercambiables y de corta vida. Me temo que esa vorágine acaba por insensibilizar al consumidor de mitos, por esterilizar su capacidad de recrear en su imaginación lo que las imágenes le dan ya definido. Aun así son, para bien o para mal, los depositarios de la admiración de una infancia sin demasiados referentes reales.

Prefiero la literatura: permite forjarse a cada cual su ídolo. Cuando el cine o la televisión nos ofrece su versión de alguno de esos amigos que habitaron nuestra infancia, casi siempre producen una sensación de desengaño y de distanciamiento. No los reconocemos. Suelen los adultos convertir a la infancia en una edulcorada sucesión de travesuras y fantasías: modelo acartonado que se aviene con su empobrecedora idealización de su propia niñez. No es siempre así por fortuna y hay excepciones maravillosas que saben trasladar calidad literaria a otras formas narrativas sin detrimento ni sujeciones. Me dicen que

Celia ha vuelto, ahora en la televisión. No he podido ver la serie; en este bosque los árboles, tantos y tan altos, impiden que sus habitantes podamos matar el tiempo viendo ese prodigioso invento. Quizá sea ésa la razón por la que nos gusta tanto leer, actividad en la que, como es bien sabido, el tiempo se detiene y se transforma en materia de los sueños.

No voy a ver a esa Celia en imágenes. Prefiero mantenerla tal como me la imaginé por mi cuenta. La niñez es germen de toda memoria literaria, de toda narración vital, aunque los niños y niñas de la literatura que llamamos infantil suelen ser unidimensionales,

planos, exentos de su condición humana. Recuperar la infancia en su plenitud es tarea difícil. Dos ejemplos recientes verdaderamente conseguidos: el personaje de Henry Roth —David, un niño— en su única y espléndida novela *Llámalo sueño*; y Solita, la niña que Elena Castedo describe en *El Paraíso*. Son hermosas descripciones de una infancia rememorada sin las trampas usuales en el género de la literatura para niños. No, no me atrevo a enfrentarme a esa nueva Celia. Probablemente me equivoque y sean manías de viejo.

El Enano Saltarín.



JOSÉ M^a LAVARELLO.